



Delhi no está lejos

Ruskin Bond

Traducción de María López González
Automática Editorial, Madrid, 2012
139 páginas, 16,50 euros

NARRATIVA. EN PIPALNAGAR, ciudad inventada situada en el norte de India, Arun, que, después de intentar ser carterista, verdulero y palmista, se gana pobremente la vida escribiendo relatos y novelas policíacos, sueña con irse a vivir a Delhi. Porque en Piplanagar, como en todas las pequeñas poblaciones, nunca pasa nada y porque por Delhi pasa todo, entre otras cosas el dinero, la libertad y el progreso. Ruskin Bond (Kasauli, 1934), autor de enorme prestigio en India, donde ha obtenido los más importantes galardones literarios, construye con ese sueño una delicada y hermosa parábola sobre la condición humana. Arun y sus dos mejores amigos (Suraj, un estudiante huérfano y epiléptico que vende baratijas y vive en la calle, y Kamla, una joven prostituta), humildes y marginados, pero adaptados de tal manera a su escasez crónica que parecen felices, se sienten extranjeros en su propia tierra y por un tiempo anhelan huir de ella. Mientras llega (o no) la oportunidad de hacerlo, asisten a las manifestaciones del Sindicato de Mendigos, que protestan por el impuesto que se les quiere cobrar por ejercer su profesión; escuchan la historia del jorobado Ganpat, que se acostó durante un tiempo con un fantasma, o padecen un terremoto que no deja víctimas, pero que ayuda a matar el aburrimiento. Gente real que, lejos de los oropeles que promete Delhi, vive en un mundo real de lagartijas, insectos, lluvias monzónicas, calor asfixiante, leprosos, alcohol barato y camisas remendadas mil veces. Vidas inacabadas que acabarán descubriendo, cada una a su manera, que Piplanagar es más verdadera que Delhi y que, por eso, está bien mantenerla a distancia. Ruskin Bond, con palabras sencillas y emotivas, reivindica en *Delhi no está lejos* la importancia de lo pequeño (ciudades pequeñas, personas pequeñas, actos pequeños) y su lugar central en la historia. **Jesús Aguado**



La verdad

Riikka Pulkkinen

Traducción de Luisa Gutiérrez Ruiz
Salamandra, Barcelona, 2012
320 páginas, 18 euros

NARRATIVA. PODRÍA PARECER que esta es solo la historia de dos que comienzan a amarse, Martti y Eeva. O también la de un triángulo amoroso, pues está Elsa, la esposa del hombre. Pero esto era antes, pues el tiempo que todo lo arrasa nos sitúa en un presente donde el Martti enamorado ya es anciano y Elsa, una prestigiosa conferenciante, ha decidido abandonar el hospital y morir en casa.



Una puerta que nunca encontré, de Wolfe, se abre a cuatro experiencias vitales. Foto: Tim O'Leary / Corbis

En busca del destino

Una puerta que nunca encontré

Thomas Wolfe

Traducción de Juan Sebastián Cárdenas
Periférica, Cáceres, 2012
104 páginas, 15,50 euros

Por José María Guelbenzu

NARRATIVA. QUE WILLIAM FAULKNER considerase esta *nouvelle* la continuación de la admirable *El niño perdido* (Periférica, 2011) pese a ser anterior tiene todo el sentido porque en *Una puerta que nunca encontré* el narrador, que es el propio Wolfe —un joven que busca ansiosamente, como solamente la juventud empuja a ello, su lugar en el mundo—, apenas tenía cuatro años cuando su hermano mayor, Grover (el niño perdido), murió de tifus a los 12 años en Saint Louis, durante la Exposición Universal. *El niño perdido* es una elegía narrativa genial, magistralmente desarrollada por cuatro voces cuya multiplicidad permite establecer una mirada total y una reverberación emocional que pone la distancia justa entre su valor literario y su calidad emotiva. El narrador de *Una puerta que nunca encontré*, también dividida en cuatro partes, se halla perdido en su andanza personal en busca de "algo increíblemente cercano y familiar, algo que se parecía a una palabra, a un paso, a una puerta que solo había de abrir, pero que nunca se abría, tan solo una puerta, una puerta que nunca encontré".

Las cuatro partes de *El niño perdido* son centripetas; las de *Una puerta...* son centrifugas. Las primeras se cierran sobre la figura del hermano muerto, las segundas se abren a cuatro experiencias vitales en busca de la identidad y el destino. La primera de las experiencias, la más cercana en el tiempo, trata de la soledad, y en ella un joven Thomas Wolfe, atormentado por su soledad, habla con un millonario cuya soledad, ajena a la realidad de las cosas, ha olvidado el

dolor y experiencia y necesita el estímulo del relato del joven escritor. La segunda cuenta el regreso a la casa materna, después de tres años de ausencia y errancia; vuelve en busca de la memoria y también en busca de la memoria de la naturaleza, maravillosamente contada, y la memoria de la vivencia en la casa familiar. La tercera experiencia cuenta un período posterior a la anterior y transcurre en Inglaterra; en ella utiliza muy bien el contraste entre la seguridad del medio (la confianza inmutable de ese país ajeno en sí mismo y en su tradición) y la inseguridad que socava la búsqueda personal de su propia identidad.

La cuarta y última experiencia (estas tres son anteriores en el tiempo a la que se cuenta en primer lugar) utiliza dos imágenes simbólicas: un hombre permanentemente asomado a una ventana desde la que mira, inmóvil, y las figuras de los camioneros que recorren el país en sus camiones por las rutas comerciales. Movilidad e inmovilidad. Y, en medio, la confusión del joven Wolfe, que a lo largo de todo el relato se habla a sí mismo a través de un tú lleno de pasión. "Tu sed y tu hambre eran tan grandes que creíste que podrían tragar la tierra entera, pero es así como les ha ocurrido a todos los hombres, vivos o muertos, durante su juventud".

El libro está escrito en el característico estilo torrencial de Wolfe, puro lirismo y pura fuerza perfectamente integradas en la gran tradición de la narrativa norteamericana del XX. El deseo de vivir y la emotiva lucha que conlleva es el gran tema de este hombre que murió a los 38 años dejando varias obras inolvidables (*Del tiempo y el río*, Montesinos; *El ángel que nos mira*, Valdemar) y un último mensaje de esperanza de un panteísmo de estirpe whitmaniana: "Sabemos que el polvo de los amantes enterrados durará más que el polvo de las ciudades". ●

La memoria, pues, es la única que rejuvenece, ya que regresan las historias y las voces de antaño. Pero ¿dónde está la joven Eeva? Se escucha su voz y es 1964. Vive entre dos mundos, Helsinki y "Kuhmo, una pradera y un lago y un sendero por el bosque que no me han olvidado".

Así que de eso se trata: no de que recuerdes, sino de que los lugares no te olviden. El inicio de la novela es el final del camino, y el recorrido a la inversa desvelará en las voces de tres generaciones los entresijos de una historia que se adentra en la penumbra de una muerte

que acecha y en el recuerdo resplandeciente de un amor que solo comenzar ya se traiciona. Riikka Pulkkinen (Oulu, Finlandia, 1980), en *La verdad*, su segunda novela, intercala pinceladas del hermoso paisaje de Finlandia con el espectro de una mujer y un amor que ya no está y que reivindica su existencia. Es como leer el diario perdido de una extraña al tiempo que se asiste a la desesperanza de otra mujer que ya ha andado su camino, mientras se escuchan los ecos de los jóvenes en París, la ciudad en cuyas calles todos hubieran querido estar, pues regresamos a 1968, aunque avancemos por el siglo XXI, y lo que importa es la verdad de las cosas que uno ha acariciado. El peligro que acecha a la narración es ese preguntarse sobre el amor y sus fidelidades que se demora en exceso. El acierto: conseguir que el paso acelerado de los distintos tiempos y voces formalicen el azaroso vínculo entre las distintas generaciones. **María José Obiol**



Los anagramas de Varsovia

Richard Zimler

Traducción de Camila Batlles
Ediciones Plata, Barcelona, 2012
352 páginas, 17 euros

NARRATIVA. RICHARD ZIMLER (Nueva York, 1956) ha publicado hasta la fecha ocho novelas, la mayoría de carácter histórico. Ya es conocida por el lector en castellano su trilogía sobre los sefardíes portugueses, que empezó con *El último cabalista de Lisboa* (obra que consiguió publicar en Portugal tras ser rechazada por numerosos editores americanos y que luego se convirtió en un éxito internacional), siguió con *Medianoche* y se completó con *El guardián de la aurora*. En esta nueva novela, *Los anagramas de Varsovia*, Zimler cambia de tercio. Sin abandonar su territorio literario, la memoria judía, aborda ahora la persecución y exterminio de los judíos por parte de la Alemania nazi. De los pogromos lusitanos que tenían como protagonistas a la familia Zarco pasamos al gueto de la capital polaca. Igual que en sus otras novelas, el autor americano plantea la trama como la resolución de un enigma y adopta un ritmo de *thriller*. Un narrador en primera persona, el psiquiatra Erik Cohen, regresa en espíritu para rememorar el invierno de 1941 que vivió en la capital polaca con su sobrina y su hijo Adam. La muerte y mutilación del niño, vinculada a otras muertes posteriores, desencadena la indignación de Erik. Emprende una investigación peligrosa con ayuda de su amigo Izzy. Esto sirve a Zimler para desplegar una serie de personajes con los que establece un juicio moral muy claro. Al contrario que otras novelas sobre el gueto de Varsovia, esta no es una historia de lucha y huida. Es más bien de amor y venganza. Con la búsqueda casi absurda de un asesino entre asesinos, Cohen pretende devolver al Holocausto su individualidad, reivindica la tragedia de uno entre cuatrocientos mil. Por eso resulta original esta novela, que nunca abandona una visión optimista y positiva pese a la gravedad de los hechos que narra. Zimler, con diálogos bien armados y una lograda atmósfera, se desprende aquí del tono sentimental de otras ocasiones, llegando a ofrecernos un buen relato, inspirado y veraz, que se lee con interés creciente y deja en el lector el sentimiento de que ha participado en un merecido homenaje. **José Luis de Juan**